



LOREA W. LLUNA

# NOSOTRAS, EL HOMBRE

eolas  
ediciones



## NOSOTRAS, EL HOMBRE

COLECCIÓN CALDERA DEL DAGDA, 36



LOREA W. LLUNA

# NOSOTRAS, EL HOMBRE



eolas  
ediciones



## *La arribada*

### 1

**E**n todo el universo el agua es agua y el hombre es hombre.  
Me llamo Brandan y soy terrícola. Mis sentidos me dicen que estoy vivo, aunque no despierto, no al menos del todo, pero sí lo suficiente como para saber que no he muerto. Entra aire en mis pulmones, tengo saliva en la boca y sensaciones placenteras en los genitales. Sé que no he muerto, oigo una voz femenina y siento caricias que avivan mi sensación de bienestar hasta un punto de éxtasis...

Sí, estoy vivo y alguien me acaricia...

**Me llamo Brandan y soy terrícola.**

Os estoy hablando a través de mi Pulgarcito (*Daumesdick*). Le hablo a la máquina, le cuento lo que me acontece desde que llegué. Ahora puedo deciros que el viaje en la Whale One resultó menos duro de lo esperado. No haber muerto en los primeros segundos fue un enorme alivio. Enseguida, una vez que la nave entró en la segunda fase, casi dejé de sentir; si eso era la muerte, yo ya no lo sabría.

Alcanzar las inmediaciones de Saturno fue sencillo aunque fatigoso. Dos años y medio es demasiado tiempo encerrado en una nave. La sonda Penélope, poco antes de diluirse en la atmósfera del planeta, había captado un mensaje visual que nuestros técnicos descifraron como el número  $\pi$ , lo que indicaba inteligencia. Pensaron que procedía de uno de los extremos de la galaxia para que la enorme masa del planeta de los anillos lo reflejara en nuestro sistema como la luz intermitente de un faro marino. El foco emisor secundario se localizaba en Titán, una de las lunas de Saturno.

Mi misión era orbitar Titán o, dicho de otra manera, comprobar lo que allí podía estar cociéndose; no se tenía la certeza de que aquello, que parecía proceder del más alejado abismo de la galaxia, no fuese sino una artimaña burda que nos distrajera de una posible expansión rusa o china por el sistema solar. A mi criterio quedaba

la posibilidad de aterrizar a bordo de mi módulo Pulgarcito que, además de tener un ordenador de última generación tan potente como el de la nave nodriza, iba pertrechado de un par de buenos misiles.

Durante el viaje tuve que hacer mucho deporte para mantenerme en buen estado de forma. Mientras lo hacía, oía música o veía películas de la colección Clásicos del Celuloide que mi hermano y yo heredamos de mi abuelo y que éste a su vez había heredado del suyo. He visto muchas, al menos una al día, todas de la llamada Edad de Oro del cine, desde aquella primera que vi de John Wayne que tanto me gustó, pasando por *Centauros del Desierto*, *Flecha Rota*, *Lanza Rota*, *Horizontes de Grandeza*, *La Conquista del Oeste*, esta me dio para tres días. Ningún estreno, como veis, nada de series y cosas así, todas muy antiguas, de mucho antes de que mi padre naciera.

Es posible que haya visto cuatrocientas o quinientas, todas en *technicolor* y gran pantalla, que en esto difiero de mi hermano gemelo a quien solo gusta ese tipo de cine que él llama inteligente, cine en blanco y negro, con películas como *El tercer hombre*, *Operación Cicerón* o *Viva Zapata*, o esas otras europeas que a mí me resultan aburridas y pretenciosas *Los Inútiles*, *La Dolce Vita*, *Vida Difícil* y un montón más que ahora no recuerdo y que siempre me han interesado poco. Todo lo que mi gemelo Dan y yo nos parecemos físicamente se invierte en lo relativo a gustos.

También tomé vitaminas, reconstituyentes, euforizantes, y alguna que otra anfetamina, gracias a los doctores y a que me había hecho mi propio avituallamiento. Es inevitable que durante tantos meses confinado, por muy entrenado que uno esté, ciertos fantasmas pugnen por colarse en tu mente y necesites de la pastilla adecuada para atacarlos de raíz.

Todo fue muy bien, hasta que, ya en la órbita de Titán, tomé la decisión de abandonar la Whale One para, a bordo de mi Pulgarcito, aterrizar en la superficie lunar. Pero, antes incluso de empezar a descender, ocurrió algo inesperado, sentí una fuerza inmensa de succión, algo tan imprevisto como instantáneo. Mi módulo dejó de obedecer a los controles y comenzó a agitarse como si fuera a reventar. Y, antes de que yo pudiera hacer nada, perdí por completo la conciencia. Cuando la recuperé, estábamos muy cerca del suelo.

Y entonces ocurrió lo más sorprendente, porque mi aterrizaje, he de reconocerlo, fue genial; hablo no solo del posado sino de la acogida, como si yo fuera el más ilustre de los huéspedes, lo que, a tenor de lo que he ido viendo después, solo resultó ser una pequeña muestra de lo que me esperaba, porque todo en este lugar es milagrosamente agradable. Es verdad que antes de abrir las compuertas y salir del módulo, sentí una gran inquietud; no sabía si iba a poder respirar el aire de fuera; no sabía si la luna, pues creía haber llegado a Titán, estaría habitada y, de estarlo, no sabía si la población me sería hostil. Me bastó una sola mirada al exterior para que todo me fuera revelado de inmediato.

Mi Pulgarcito había venido a dar, salvo que yo estuviera soñando, en medio de una pradera con árboles, flores y trinar de pájaros (sin poder oírlos su sensación me inundaba), la temperatura ideal, el aire limpio y gente, gente como nosotros. Solo faltaba el río, un río de aguas transparentes y riberas amables, con un gavión que hacía de embarcadero, en cuyas aguas mi hermano y yo nos bañábamos y pescábamos truchas, para que aquel lugar fuera idéntico al que había conocido de niño.

Me pregunté si estaría soñando y si, en caso de no estarlo, no se trataría de un paisaje ilusorio instalado a traición en mi cerebro, algo así como un espejismo. Porque esa luz y ese entorno no

podían ser los de Titán, tan lejos como se halla del Sol, pero mucho menos podían ser los de la Tierra. Y de ningún modo podían ser los de mi infancia. Cerré y abrí los ojos un par de veces y allí seguía el paisaje. Árboles, flores, trinar de pájaros (repito que no los oía pero su sensación me inundaba) y gente, personas, personas como nosotros. No era un espejismo. Imaginaos el alivio, más que eso, la euforia que me invadió al comprobar que no se trataba de un sueño ni de una alucinación provocada por la ansiedad y el cansancio...

Salí y me despojé del casco con un gesto que imaginé brioso y gallardo. La respuesta fue emocionante: un coro bullicioso de aplausos y de gritos de bienvenida. Se diría que sabían que iba a llegar y me esperaban. Tres jóvenes mujeres con faldas muy cortas se acercaron y cubrieron mi cuello con guirnaldas de flores, orquídeas me parecieron, igual que se recibía en Hawái a aquellos primeros marinos occidentales que visitaban sus islas.

De súbito me noté mal, como si mi corazón no pudiera soportar tanto exceso; me mareaba y sentí que la vida se me iba. Las tres jóvenes que me habían adornado con flores impidieron que me desplomara. Pero, aun con la conciencia casi perdida —y esto es lo más notable—, seguía bullendo con fuerza dentro de mí aquella sensación inmensa de felicidad. Demasiado oxígeno en el aire, pensé antes de desmayarme.

Me pareció que me trasladaban a otro lugar, una especie de jaima muy próxima al punto donde habíamos aterrizado y, acaso porque estaba llena de mujeres jóvenes dispuestas a atenderme, creí hallarme en la más fastuosa de las tiendas de un beduino del desierto o de un rey de las *Mil y una noches*...

El aire no había sido la causa de mi desmayo. Noté en seguida que me acostaban, que me quitaban el traje, que me despojaban de la ropa interior y me dejaban desnudo, que me lavaban y aseaban...

que escudriñaban luego con mimo las partes de mi cuerpo, aun las más sensibles, precisamente las más sensibles, en las que se detenían morosamente.

La tienda era una unidad móvil de su sistema de detección de elementos patógenos de la galaxia. Todavía entre brumas pensé que tenían que asegurarse de que no portaba virus alguno que pusiera en riesgo la salud del entorno. Ellas hablaban en su idioma y yo trataba de articular palabras en el mío, y solo mi desmayo no me permitía entenderlas del todo, porque ellas, según supe más tarde, llevaban una pulsera electrónica que traducía instantáneamente mis palabras y las suyas en el mismo instante de hacerse sonidos.

—¡No, no estoy circuncidado! —creo que me esforcé en vano por gritar, y me pareció que se reían mientras un ronroneo voluptuoso salía de mi cuerpo. Y ocurrió, claro —iba a decir lo imprevisto—, ¿cómo impedirlo, tras tan largo periodo sin haber siquiera oído la voz de una mujer?: tuve una erección. Y, todavía no del todo despierto, me pareció advertir cómo la que me examinaba más de cerca se lo hacía notar a sus compañeras, lo que no hizo otra cosa que aumentar mi excitación.

Empecé a pensar que el módulo de aterrizaje, mi Pulgarcito, me había traído al cielo, pero no a nuestro cielo, al cielo de los cristianos, sino a otro, a ese Edén de los Sentidos, al que, según he leído, creen ir los buenos musulmanes a su muerte y en el que son recibidos por setenta huríes atentas a procurarles los más refinados gozos y placeres. Percibía claramente la callada y morbosa expectación con que las jóvenes contemplaban mi desnudez, poniendo sus manos una y otra vez sobre aquella parte que tan vivamente se alteraba.

No puedo ser minucioso en los detalles. Mi capacidad de observación estaba muy mermada por la oleada emocional de la

arribada. Era mi corazón y no mi cabeza quien percibía lo que pasaba. Pero, ya recuperada del todo la conciencia, vivo y despierto, ellas seguían allí. Eran muchas. Me pregunté si eran setenta. Creo que hasta quise contarlas. Me rodeaban por todas partes. ¡Jóvenes de rubias melenas, de ojos claros y cuerpos mórbidos! Descarté enseguida que fueran ángeles: no tenían alas y su fisonomía era turbadoramente femenina.

Me hicieron todo tipo de análisis, me extrajeron sangre, sudor, saliva y también esperma. Cuando dieron por concluida la tarea una mano cubrió mi cuerpo hasta entonces desnudo con una sábana. La mayoría de las chicas se fueron y me quedé a solas con una, la que había cubierto mi desnudez. Alfa la llamo desde entonces porque así quiere ella que la llame, al ser la primera a la que miré a los ojos. La miré ciertamente encandilado y viví en mi propia carne una experiencia romántica y novelesca, propia de aquellas historias que me contaba mi abuela y que ella había leído de niña en novelas en las que un soldado herido en combate se despertaba en un hospital bajo el rostro ensoñadoramente bello de una enfermera. Ya no era solo el paraíso de los musulmanes el que me había acogido, sino también ese cielo de las almas buenas en cuya creencia había sido educado de niño.

Alfa, la primera mujer a quien miré a los ojos en este planeta, tenía una textura de ángel. Estaba hecha de los más bellos materiales que puede dar la vida: piel blanca, pómulos encendidos, melena rubia, ojos verdes y una sonrisa que concentraba toda suerte de promesas y deleites. Quise ser como ese soldado de los cuentos de mi abuela y quise preguntar medio en broma medio en serio si ya estaba en el cielo. Medio en broma y medio en serio, digo, pero en el fondo era lo que pensaba.

Y mi erección seguía.

Me dijo entonces que todos los análisis habían sido satisfactorios y que ya podía relacionarme libremente con la gente. Se desnudó, se acostó a mi lado y se quedó conmigo toda la noche. ¿Qué podía pensar si no que había llegado a ese Edén de los Sentidos del que tanto habíamos oído hablar durante las inmoluciones terroristas de la primera mitad del siglo XXI?

## ÍNDICE

La arribada . . . . .	7
La Casa Blanca. . . . .	25
Gargangruel . . . . .	47
La Ciudad de los Papás. . . . .	79
Nosotras somos el hombre . . . . .	117
El Parque de las Almas . . . . .	137
El regreso . . . . .	157
La planaria (Apunte científico). . . . .	159



Otros títulos de la  
**COLECCIÓN CALDERA DEL DAGDA**

1. LA SOMBRA DEL TOISÓN. El relato oculto de una conjura  
PEDRO VÍCTOR FERNÁNDEZ
2. EDUCANDO A TARZÁN  
FRANCISCO FLECHA ANDRÉS
3. BRAGANZA  
CÉSAR GAVELA
4. EL INFIERNO DE LOS MALDITOS. Conversaciones con el mal (I)  
LUIS-SALVADOR LÓPEZ HERRERO
5. EL HOMBRE INACABADO y otros cuentos  
ANÍBAL VEGA
6. PERRO NO COME PERRO, veinte relatos inquietantes  
RICARDO MAGAZ
7. SEGUNDO CUADERNO DE ST. LOUIS. Diario, Volumen VII  
LUIS JAVIER MORENO
8. SECRETOS DE ESPUMA  
CRISTINA PEÑALOSA GIMÉNEZ
9. ILUMINADA  
ALBERTO ÁVILA SALAZAR
10. CONFESIONES DE UN HOMBRE RAQUÍTICO  
ALBERTO MASA
11. LA VERDADERA HISTORIA DE MONTSERRAT C.  
LUIS MIGUEL RABANAL
12. EL INFIERNO DE LOS MALDITOS. Conversaciones con el mal (y II)  
LUIS-SALVADOR LÓPEZ HERRERO
13. WASSALON (V Premio de Novela Corta Fundación MonteLeón)  
SALVADOR J. TAMAYO
14. DÉJAME DECIRTE QUÉ DÍA ES HOY  
RAFAEL GALLEGO DÍAZ
15. 40  
ÓSCAR M. PRIETO
16. ÁLBUM DE SOMBRAS  
ELÍAS MORO
17. LA MANO QUE EL PERRO LLEVABA EN LA BOCA  
(VI Premio de Novela Corta Fundación MonteLeón)  
RENÉ FUENTES

18. POSCONTEMPORÁNEOS  
IGNACIO FERNÁNDEZ HERRERO
19. UN VIENTO RARO  
ENRIQUE ÁLVAREZ
20. EN EL ESTANQUE DE PECES DE COLORES  
RAFAEL GALLEGO DÍAZ
21. PRELUDIO DE UNA BORRASCA  
ALBERTO MASA
22. INFORMES Y TEORÍAS  
ILDEFONSO RODRÍGUEZ
23. LA SOMBRA QUE AMÓ BRAM  
RUBÉN G. ROBLES
24. PASOS AL ATARDECER. Diario 2004-2005  
JOSÉ LUNA BORGE
25. PERRO LADRANDO A SU AMO  
(VII Premio de Novela Corta Fundación MonteLeón)  
JAVIER SACHEZ
26. RELATOS DEL DIABLO  
IGNACIO MARTÍN VERONA
27. EL VIENTRE DE LAS GRANADAS  
JAVIER SOLANA
28. FLORES DE HINOJO  
ANDRÉS MARTÍNEZ ORIA
29. RELATOS MINEROS  
JUAN CARLOS LORENZANA
30. CIEN RELATOS CUÁNTICOS DE LA LITERATURA CLÁSICA ESPAÑOLA  
JUAN PEDRO APARICIO (ANTÓLOGO)
31. LOS DELIRIOS DE ANDREA  
ELENA SANTIAGO
32. LA INFANCIA DE LOS PUEBLOS DESAPARECIDOS  
TOMÁS VAL
33. Y EL QUERERLO EXPLICAR ES BABILONIA (*Ovidades*, 2014-1017)  
JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ
34. JARDÍN HUNDIDO  
TERESA PÀMIES
35. A LOS TRECE  
(VIII Premio de Novela Corta Fundación MonteLeón)  
FABIANA DUARTE

© Lorea W. Lluna, 2019  
© de esta edición: EOLAS ediciones

**[www.eolasediciones.es](http://www.eolasediciones.es)**

Dirección editorial: Héctor Escobar  
Diseño y maquetación: Alberto R. Torices  
Fotografía de cubierta: Dmitry Yakovlev  
([unsplash.com](https://unsplash.com))

ISBN: 978-84-18079-04-7  
Depósito Legal: LE 829-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) · 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Impreso en España





*Nosotras, el hombre* es una ficción distópica. En ella se relata la perplejidad del astronauta Brandan, que cree haber llegado a un Valhalla (salón celestial de la mitología vikinga) pletórico de sensualidad en el que unas huríes de tez clara y cabello rubio se disputan compartir su lecho con él cada jornada. Pero esta idílica impresión contrasta enseguida con las observaciones y advertencias que recibe del ordenador de su módulo de aterrizaje, el genial Pulgarcito, paradigma del buen sentido.

A una distancia de varios años luz de la Tierra, Brandan es invitado a una fiesta en la que los personajes de una famosa novela, *El Gatopardo*, de la que se hizo una película a mediados del siglo veinte, le dan la bienvenida. ¿Cómo es eso posible?

Imaginación, amenidad y aventura al servicio de inquietantes y muy poderosas intuiciones sobre lo que somos y lo que podemos llegar a ser, hacen de la novela que firma Lorea Wanstead Lluna, un texto imprescindible.

